

MAXIMINO CEREZO BARREDO/WEBDEPASTORAL

Actitud vital

El discernimiento

Pedro Trigo, s.j.*

Discernir cristianamente es tomarse en serio el seguimiento de Jesús, aquí y ahora. Es distinguir en lo que se mueve dentro de uno o de una situación, entre lo que conduce a una mayor humanización y lo que deshumaniza. El objetivo es desechar lo que deshumaniza y afincarse en lo que humaniza. "Por sus frutos lo conoceréis" (Mt 7,20)

Cernir es remecer sistemáticamente una mezcla de elementos heterogéneos hasta lograr separar los diversos conjuntos que la componían. Por ejemplo, cernir en una criba, que por eso se llama también cernidor, arena, para desprenderla de las piedritas y otras impurezas.

La partícula *dis* acentúa en el acto de cernir el efecto de distinguir y dispersar. Discernir es, pues, distinguir los diversos componentes de una situación compleja y captar el modo como se relacionan, de manera que pueda trabajarse cada uno y su relación, y así reafirmar esa situación o transformarla. La expresión se aplica a situaciones humanas, sean personales, grupales o históricas.

Discernir espíritus es analizar los diversos espíritus que se agitan dentro de una persona o de un conjunto de per-



JESUITASARU.ORG

Entonces sí hay que discernir, para ver qué elementos son portadores de humanidad y hasta qué grado, y qué elementos deshumanizan. El objetivo de este discernimiento es intervenir en esa configuración, optimizando lo bueno y transformando lo que deshumaniza...

sonas o de una sociedad y el modo como afectan e influyen en ellas.

En el cristianismo es distinguir en lo que se mueve dentro de uno o de una situación, entre lo que conduce a una mayor humanización y lo que deshumaniza. El objetivo es desechar lo que deshumaniza y afincarse en lo que humaniza.

El sobreentendido es que lo que humaniza proviene en último término del Espíritu de Dios y de Jesús de Nazaret, que es el parámetro de humanidad por ser paradigma pleno de humanidad, y lo que deshumaniza debe ser considerado como mal espíritu, se lo entienda personalmente (el diablo) o no. Ahora bien, decimos en último término porque el Espíritu de Dios no actúa en el mundo al lado de otros espíritus, por ejemplo, el de la época, el de la dirección dominante de una figura histórica, el de una generación, de un país, una ciudad, un barrio, una institución, una familia, un individuo. Como no actúa como otro espíritu sino moviendo trascendentemente a lo que se mueve, el discernimiento versa sobre qué de lo que se mueve vehicula al Espíritu de Dios, tal como se manifestó en Jesús, y hasta qué punto lo vehicula, y qué no lo vehicula o incluso lo combate, o, en otros términos, qué vehicula al mal espíritu y qué vehicula al buen espíritu.

El presupuesto del discernimiento espiritual es la vida histórica. Si las per-

sonas se ven viviendo en una vida cíclica, no hay nada que discernir objetivamente porque la vida humana está naturalizada: todo es como es, así se ha hecho siempre, los papeles ya están establecidos. Sí hay que discernir con qué espíritu vivo lo que me toca vivir: si con sabiduría o neciamente.

Tampoco hay nada que discernir para los que viven en la historia ya que ese futuro que quieren construir es el que determina lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo, porque como en él se encuentra, supuestamente, la realización humana, el fin justifica los medios, y se sacrifica el presente al futuro.

Sí hay que discernir, tanto objetiva como subjetivamente, si se vive en la vida, pero no ya cíclica sino histórica. Se vive en la vida haciendo justicia a cada aspecto; pero en el entendido de que ninguno está constituido de una vez por todas: todos comenzaron en algún tiempo y están abiertos a posibilidades nuevas, que advienen por las acciones humanas, y que pueden ser mejores o peores que lo dado. Entonces sí hay que discernir, para ver qué elementos son portadores de humanidad y hasta qué grado, y qué elementos deshumanizan. El objetivo de este discernimiento es intervenir en esa configuración, optimizando lo bueno y transformando lo que deshumaniza o abandonando simplemente lo que se ve que no tiene arreglo,

En una situación como la nuestra, signada por el individualismo y el marginamiento de los que no son de los nuestros, a muchos no les resulta fácil distinguir entre la búsqueda de una actuación de calidad que entrañe un legítimo reconocimiento, y el afán descontrolado por acaparar la atención y mandar.

y discernir también si en lo que se va haciendo, en la novedad que se introduce, se va dando, en efecto, esa mayor humanidad que se busca.

Por eso, la dirección dominante de esta figura histórica, como considera que ya hemos llegado al fin de la historia¹ porque se han logrado desvelar sus elementos y se está en una configuración que ya no puede ser sobrepasada, de lo único que se trata es de ir avanzando en estos carriles. En esta configuración, el pasado se dejó atrás porque está superado. Y no hay futuro porque hemos dado con la fórmula que propicia el avance. Ya solo existe el presente en expansión. En esta ideología no hay nada que discernir. Lo que hay que hacer al máximo es seguir investigando y aplicando técnicamente lo descubierto y volcarlo al circuito de la producción y el consumo, en el régimen político del capitalismo liberal.

Refiriéndonos en concreto al cristianismo, no hay nada que discernir, si se lo vive como doctrinas que se profesan, acciones que se prescriben y ritos en los que se participa. En ese caso lo que hay que fomentar es la voluntad para entregarse a lo pautado, pero esto ya está estatuido de una vez por todas.

Menos hay que discernir si se pone todo el interés en el pietismo o en el corporativismo. En el corporativismo todo está pautado por los dirigentes del grupo o asociación, y en el pietismo lo que cuenta es la devoción con que se haga, aunque puede concederse que unas devociones son más sólidas que otras, pero en definitiva cada quien debe practicar las que más le ayudan.

Solo hay que discernir y resulta perentorio hacerlo, cuando el cristianismo se realiza en la vida histórica y se celebra en la Cena del Señor y en otros símbolos y ritos.

TENEMOS QUE DISCERNIR PORQUE SOMOS SERES ABIERTOS Y EN SITUACIÓN, PORQUE VIVIMOS EN CAMPOS DE FUERZAS OPUESTAS Y PORQUE EL CRISTIANISMO ES UNA REALIDAD HISTÓRICA

NUESTRAS ACCIONES NOS HUMANIZAN O DESHUMANIZAN: TENEMOS QUE DISCERNIR

No nacemos integrados sino desvalidos y con nuestras pulsiones buscando satisfacerse perentoriamente. Desde esta arqueología del sujeto, la integración

es un trabajo arduo y normalmente inacabado. Es la fe en la mamá y luego en el papá y otros seres queridos la que logra que el niño se descentre, salga de sí y llegue a compartir hasta a convertirse en fuente de vida. El paso de moverse por el principio de placer a aceptar determinarse por el principio de realidad es muy costoso. No pocas veces el afán de poseer siempre más y el de ocupar el centro de la escena son pervivencias de estas primeras pulsiones, no trabajadas superadoramente.

En una situación como la nuestra, signada por la necesidad, no es fácil distinguir entre lo que es una solicitud razonable para capacitarse y poder satisfacer sus necesidades establemente, y lo que es una compulsión a tener a toda costa. En una situación como la nuestra, signada por el individualismo y el marginamiento de los que no son de los nuestros, a muchos no les resulta fácil distinguir entre la búsqueda de una actuación de calidad que entrañe un legítimo reconocimiento, y el afán descontrolado por acaparar la atención y mandar.

Tenemos que discernir para distinguir lo que nos humaniza y lo que obstaculiza nuestro proceso de humanización e incluso nos deshumaniza. Nada se presenta abiertamente como inhumano; todo aparece a la conciencia como un bien; pero puede ser un bien particular que se absolutiza y se independiza del resto del ser y presiona para que todo lo demás gire alrededor de él. Además no pocas veces el bien se presenta como costoso. Por esto tenemos que discernir constantemente.

TENEMOS QUE DISCERNIR PORQUE VIVIMOS EN CAMPOS DE FUERZAS CONTRAPUESTAS

Pero este discernimiento se dificulta todavía más porque vivimos en situación y esto complejifica la elección e incluso la percepción de lo que hay que elegir. En muchas elecciones hay otras personas implicadas. En estas condiciones ¿es honrado elegir tomando en cuenta únicamente mi conveniencia? ¿Cómo conjugar mi bien con el de los demás?

La elección se complica más aún porque la situación además de compleja, contiene fuerzas en conflicto e incluso en direcciones opuestas. Unas son fundamentalmente humanizadoras y otras deshumanizan. Pero bastantes veces, aunque deshumanizan, aportan elementos técnicos y organizativos, y la persona tiene la impresión de que avanza, que

El discernimiento es indispensable porque el cristianismo no se expresa primordialmente en doctrinas, preceptos y ritos sino en la vida histórica. En ella se realiza el seguimiento de Jesús y, en él, el imos constituyendo en hijos de Dios y en hermanas y hermanos de todos los seres humanos sin excluir a nadie, ni siquiera a los que excluyen...

se cualifica, y así tiende a orillar de su conciencia que el precio que está pagando es una pérdida en calidad humana.

La dificultad de discernir viene otras veces de esas fuerzas históricas que en unos aspectos humanizan y en otros deshumanizan. Eso complica la elección y hace más perentorio el discernimiento.

Una característica de las fuerzas deshumanizadoras es que secuestran la libertad, aunque muchas veces lo hacen fascinando y volviendo adictos, una esclavitud feliz que no se percibe como tal. Aunque otras, el recurso para imponerse es el miedo a la catástrofe, si no se satisfacen las apetencias de los que comandan la situación, no solo a nivel político sino, sobre todo económico. La amenaza de fondo se expresa en la advertencia: “los mercados están perdiendo la confianza”. Bajo la presión violentísima de esta amenaza, es más difícil adensar tanto el sujeto, que podamos elegir vivir sin someternos a ellas, pagando el precio.

En su meditación de las *Dos Banderas* san Ignacio presenta al “mal caudillo en una cátedra de fuego y humo”, en un montaje espectacular, como actúan los líderes del establecimiento, que avivan las pasiones y oscurecen la razón con sus mensajes equívocos, e incitadores. En cambio, “el sumo capitán Jesús” se presenta en un lugar “humilde, hermoso y gracioso”. Sin ostentación, desde abajo, pero con hermosura humana que estimula la libertad, y gracioso ya que, no da cosas, pero sí amor que posibilita sacar lo mejor de sí y compartir gratuitamente.

Esta presentación de ambas fuerzas y de sus propuestas contrapuestas, verbalizadas en los discursos de ambos, es un ejercicio de discernimiento de las fuerzas que se mueven en la historia. Para san Ignacio este ejercicio no requiere solo destreza sino abrirse al influjo de la fuerza humanizadora, para que esa apertura dé la luz indispensable, luz que proviene del Espíritu que siempre mueve, pero que, solo si nos abrimos a él, podremos captar el sentido de su movimiento, porque, al contrario del mal espíritu, no avasalla ni trata de anular nuestra libertad, sino que trata, por el contrario, de potenciarla, pero solo con nuestra anuencia². Esto lo verbaliza Jesús diciendo: “El que me sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida”. Como se ve, la luz no se puede obtener de antemano: es el resultado progresivo de vivir una vida en segui-

miento de Jesús y por tanto una vida plenamente humana.

Hay que prestar una gran atención al movimiento interior para distinguir la actuación del Espíritu de Jesús de Nazaret. El Espíritu no es un elemento de este mundo. Mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro: es trascendente por inmanencia. Nunca lo podemos detectar. Podemos detectar lo que es movido por él, y descubrir que es él, por los efectos o por sus frutos, como insiste el Evangelio (Mt 7,15-20; Jn 15,1-8.16) y desarrolla Pablo (Gal 5,13-26; Rm 8,1-17), o, en otro registro, porque siempre nos lleva a habérmolas en nuestra situación de modo equivalente a como él se situó en la suya. Vamos a desarrollar este último punto.

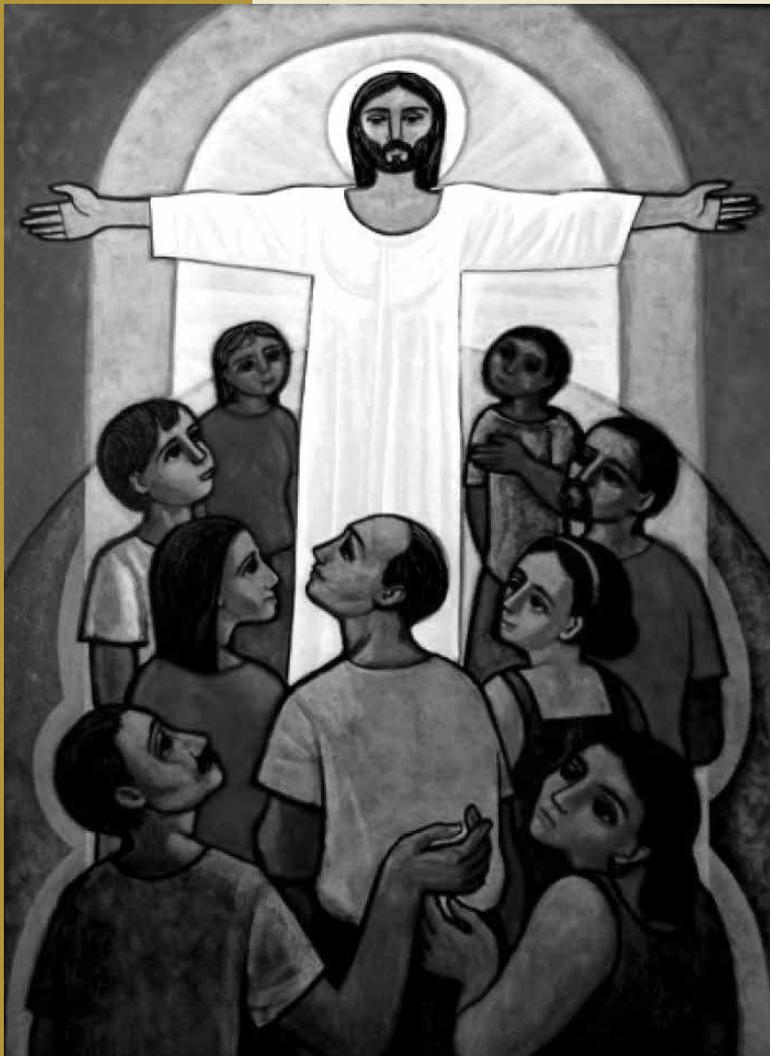
SER CRISTIANO ES SEGUIR A JESÚS DE NAZARET EN LA VIDA HISTÓRICA: TENEMOS QUE DISCERNIR PARA HACER LO EQUIVALENTE

El discernimiento es indispensable porque el cristianismo no se expresa primordialmente en doctrinas, preceptos y ritos sino en la vida histórica. En ella se realiza el seguimiento de Jesús y, en él, el imos constituyendo en hijos de Dios y en hermanas y hermanos de todos los seres humanos sin excluir a nadie, ni siquiera a los que excluyen, y desde el privilegio de los pobres como único lugar de universalidad real. Ante todo, tenemos que asentar que el propio Jesús tuvo que discernir en la trama abierta y combatida de la vida histórica cómo realizar la fraternidad de las hijas e hijos de Dios³. Él es el paradigma de todo discernimiento.

El seguimiento de Jesús no es una relación porque Jesús no está aquí. No podemos seguirlo como lo seguían mientras vivió en este mundo, unos por curiosidad, otros con interés, otros con admiración, otros discipularmente, otros para discernir su doctrina, otros para desautorizarlo, otros para encontrar algo de qué acusarlo y condenarlo. Si no está aquí, seguirlo no es una relación, como las que tenemos con los que conviven en nuestro mismo espacio. Es una correlación, la que viene expresada en la ecuación del seguimiento:

$$S = \frac{J}{S} = \frac{IP}{S^1} = \frac{S_s}{S^2} = \frac{F_s}{S^3} = \frac{N}{S^4} \neq I = E$$

El seguimiento no es una relación porque Jesús no está aquí y no podemos seguirlo como lo siguieron sus contemporáneos. Es una correlación: Jesús es



MAXIMINO CEREZO BARREDO/PINTEREST

Por eso hay que ejercitarse en desear entrar por los caminos de Dios, dejando nuestros caminos y los del orden establecido; ejercitarse en desear seguir a Jesús y no a nuestro querer e interés...

a su situación, como la Iglesia primitiva a la suya, como nosotros a la nuestra.

Como las situaciones son distintas porque la historia contiene novedades, no podemos hacer lo mismo que hizo Jesús en su situación (como los denominadores son distintos, para que se mantenga la correlación, los numeradores también tienen que ser distintos), no podemos, pues, imitarlo. No tenemos que hacer igual sino lo equivalente.

Para imitar a Jesús basta con saber lo que él pensó, dijo e hizo en su situación. Es decir que es indispensable leer de modo no fundamentalista sino discipular los evangelios, de manera que sean nuestro libro de cabecera y así, teniéndonos en la cabeza y en el corazón, podamos hacer lo mismo que él.

Seguirlo es más complejo: para poder hacerlo, no solo es preciso saber su desempeño en su situación, para lo que es indispensable un estudio discipular

y situado de los evangelios⁴, haciéndonos cargo de la distancia temporal y de cultura respecto de nuestra situación, sino que también es indispensable conocer a fondo nuestra situación, para así poder entablar la correlación⁵, para poder así desempeñarnos en nuestra situación de modo equivalente a como él se desempeñó en la suya.

Así como Jesús se encarnó en su situación, no solo viviendo como uno de tantos en el estrato más bajo de los que estaban dentro y cuando acudió a ser bautizado nos asumió a todos en su corazón, en su amor fraterno y así se definió como nuestro Hermano para siempre, así el seguidor suyo debe comprometerse con su situación desde dentro y desde abajo, asumiendo a todos en su corazón. Para hacerlo posible, Jesús y el Padre derramaron sobre cada corazón al Espíritu de su Hijo. En el cultivo de esta actitud consiste la encarnación solidaria.

PASOS DEL DISCERNIMIENTO

ACTITUD PARA DISCERNIR

Lo primero que tiene que existir es voluntad de discernimiento. El indicador para saber si se da, es que el que discierne no quiera que se confirme su posición tomada⁶. Discernir así es jugar con los dados marcados. Hay que gastar el tiempo y los esfuerzos que sean necesarios para buscar honradamente lo que Dios quiere de nosotros o, como le gusta decir a Jon Sobrino, para ser honrados con la realidad⁷. Solo cuando esa sea la actitud básica, se está en condiciones para discernir.

Por eso hay que ejercitarse en desear entrar por los caminos de Dios, dejando nuestros caminos y los del orden establecido; ejercitarse en desear seguir a Jesús y no a nuestro querer e interés, desear seguir a Jesús con toda el alma, sin que quede nada por dentro; y ejercitarse en desear ser honrados con la realidad, antes que salirse con la suya a como dé lugar. Hay que pedir ese deseo y esa determinación de caminar lealmente en la presencia de Dios, en sus caminos. Con esta actitud sí puede entrarse con total apertura a discernir.

PASO PRIMERO

La base del discernimiento, en todo caso, pero más aún de una situación vivida con fuertes cargas emotivas, en

Solo podemos colocarnos en la realidad, si inhibimos las filias y fobias, todo juicio, toda pretensión, que entuba nuestra percepción, para colocarnos en una actitud perceptiva para que se manifieste toda la realidad, desde ella misma, y no desde nuestra implicación emocional o nuestros intereses en ella.

la que todos sienten que se están jugando muchísimo, está en comenzar efectuando la fenomenología de la situación: llegar a percibir cómo se manifiesta desde sí misma, como se hace presente a la conciencia. En concreto, hasta que no seamos capaces de adoptar una actitud perceptiva y captar cómo se va manifestando el modo como vivimos los venezolanos la situación, tanto el modo como afecta objetivamente a cada uno, como toda la gama de actitudes con las que cada uno responde a ella, no es posible acometer un discernimiento cristiano. Hay que saber distinguir entre la manera como la situación afecta a cada uno y la manera cómo cada uno responde a esa afectación. En una familia, por ejemplo, o en una empresa o en un vecindario, algo puede afectar a todos por igual y sin embargo, unos responderán de un modo y otros de otro.

La razón de esta prioridad de percibir la realidad es que Dios se manifiesta en la realidad y solo poniéndose en ella, podemos rastrear su paso. No podemos dar por supuesto que vivimos en la realidad. Podemos vivir en el orden establecido, que en nuestro caso es una particularidad que la violenta; o enconchados en nosotros mismos; o en nuestro

grupo o en nuestra empresa o como un militante político, en su organización. Solo podemos colocarnos en la realidad, si inhibimos las filias y fobias, todo juicio, toda pretensión, que entuba nuestra percepción, para colocarnos en una actitud perceptiva para que se manifieste toda la realidad, desde ella misma, y no desde nuestra implicación emocional o nuestros intereses en ella.

Este ejercicio de descentramiento y objetivación, de hacer silencio interior para que hable toda la realidad, tal como se manifiesta desde ella misma en su variedad incomponible, es imprescindible para que se presente lo que ha de ser discernido. Aquí se manifiesta la honradez con la realidad que es actitud básica.

Si en una situación de “normalidad”, cada uno está condicionado por su situación (por su mundo de vida), desde la que se visualiza una perspectiva, que destaca unos aspectos y coloca otros en la penumbra, en una situación que presiona tremendamente es mucho más necesario hacerse cargo de que la afectación aguda es proclive a focalizarlo todo alrededor de lo que la motiva y dejar lo demás de lado.

Esto es así porque en esa realidad, que se propone ver y entender del modo más



En un ambiente polarizado, casi se obliga a que cada uno tome postura por una de ambas y el no tomar postura o tener otra distinta de las que están disputándose la opinión, en general está mal visto. Peor todavía, si alguien intenta discernir aspectos buenos y malos en cada una de ellas.

preciso posible, también está el propio observador, que antes que analista, es un miembro de la situación, agente y paciente: no solo observador sino también observado. Este desdoblamiento entre analista y sujeto empírico, y la consiguiente puesta entre paréntesis del sujeto empírico para que no intervenga en el análisis, esta aceptación de que el observador tiene también que ser observado y juzgado, como cualquier elemento más de la situación, es condición de posibilidad de que el análisis no va a estar sesgado. Ahora bien, eso supone un descentramiento radical: aceptar que uno no es el que entiende la situación, tal como ella es, ni, menos aún, su paradigma para valorarla correctamente.

Esto es lo que no tuvo en cuenta suficientemente la Ilustración, ya que el uso analítico y crítico de la razón fue practicado de modo absoluto, como si la razón no perteneciera a un ser humano concreto, como si la razón fuera universal y atemporal, completamente abstraída de la situación de la persona pensante. De ahí proviene la incapacidad de la Ilustración de ver y procesar los “agujeros negros” de su pensamiento, sus increíbles inhibiciones de juicio crítico, que equivalían de hecho a su sacralización.

Por eso es imprescindible ese deslinde inicial. Solo siendo consciente de su implicación en la situación y poniéndose provisionalmente entre paréntesis, es decir inhibiendo el juicio (*epojé*, que decían los griegos⁸), para que se manifieste la situación en toda su variedad, puede emprenderse el discernimiento.

Ahora bien, para que se manifieste la realidad, no solo hay que inhibir toda pretensión respecto de ella, es decir, las filias y fobias, sino también la manera obvia como se presenta desde el orden establecido, desde lo que decían los antiguos la *doxa*, la opinión (Platón), los *idola* (Bacon), las imágenes vigentes, tanto en la familia, como en la sociedad, como en cada uno de sus ámbitos específicos: el económico, el social, el político, el religioso... Por eso decía el viejo Heráclito que al ser (a la realidad) le gusta esconderse.

El presupuesto de la existencia de la ideología es que el orden establecido a la larga no puede dominar desde la pura imposición; por eso le es imprescindible proponer un horizonte en el que el orden de sus prioridades sea plausible, bien por lo deseable, bien por lo inevitable. Es lo que el cuarto evangelio llama

las tinieblas, que para los que caminan a su luz no aparecen como oscuridad sino como un orden con sentido.

La actitud perceptiva es, pues, respecto de la realidad, no del orden establecido. Ahora bien, para mantenerse dentro del horizonte establecido estorba la actitud perceptiva: el mismo establecimiento se encarga de meternos su interpretación por todos los medios y constantemente. Por eso, sin deslindarse de lo que tiene vigencia, no es posible discernir porque no es posible situarse frente a *las cosas mismas* (Husserl), frente a la realidad.

Ahora bien, la cosa es más complicada todavía si no existe una opinión sino, por ejemplo, dos en liza para definir el espacio público. Es este caso, para los partidarios de cada una es más obvio que su versión no es una versión sino la realidad desnuda y que la versión del contrario es una mera ideología encubridora. En un ambiente polarizado, casi se obliga a que cada uno tome postura por una de ambas y el no tomar postura o tener otra distinta de las que están disputándose la opinión, en general está mal visto. Peor todavía, si alguien intenta discernir aspectos buenos y malos en cada una de ellas.

Ahora bien, ya hemos advertido que no existe una mirada meramente objetiva, imparcial, digamos científica. Si siempre se mira desde una perspectiva, la que ofrece una posición determinada⁹, la pregunta es si existe una posición que haga justicia a la realidad o nos hemos de resignar a que cada mirada sea insuperablemente limitada.

Los cristianos sostenemos que la perspectiva de Dios es omniabarcante, no porque es ubicuo y puede mirar todo a la vez sino porque ve todo desde dentro, desde su relación constante de amor que lo pone en la realidad. Lo ve todo como es, desde su relación de amor creador.

Por tanto, en la medida en que nos dejemos llevar por el Espíritu de Dios y nos relacionemos con la situación y las personas involucradas en ella desde el amor que las mira bien y busca su bien, sea cual sea el modo como esas realidades nos afecten, en esa misma medida nos capacitaremos para ver a la realidad en su verdad, tanto en lo que tiene de deformada y opresora, como en los dinamismos tendentes a su humanización. Así pues, para hacer este ejercicio de ver la realidad, necesitamos purificar la intención y entregarnos al amor que nos

Este es el gran obstáculo para discernir la situación actual venezolana: presupone querer el bien de todos, independientemente de las reacciones que provoquen las actuaciones de cada uno y de cada grupo. Si no podemos distinguir entre las actuaciones y las personas, no es posible discernir.



MAXIMINO CEREZO BARREDO/WEBDEPASTORAL

hace solidarios de ella, de toda ella y en concreto de todas las personas. Solo en la medida que amemos así, lograremos ver verdaderamente la realidad.

Ahora bien, amar desde la perspectiva divina no se expresa primariamente en sentimientos sino en querer bien, decir bien, hacer bien y orar a Dios por las personas y por cada agrupamiento de ellas, independientemente de sus actuaciones y de las reacciones que provocan en mí (cf. Lc 6,27-28). El amor no es ciego; es capaz de ver la realidad como es en sí, más allá de cómo me va en ella. Como la ve en función del bien de todas las personas, es capaz de ver la implicación de cada persona en la situación, porque solo viéndola como es, sin enaltecerla ni denigrarla, se puede querer y buscar su bien.

Esta actitud perceptiva, desde el compromiso interno por el bien de todas las personas implicadas en la situación que discierno, es el punto de partida para discernir, tanto una situación personal, que de todos modos siempre es situada, como la situación de un grupo, de una institución, de un colectivo, de un país o de una figura histórica.

Este es el gran obstáculo para discernir la situación actual venezolana: presupone querer el bien de todos, independientemente de las reacciones que provoquen las actuaciones de cada uno y de cada grupo. Si no podemos distinguir entre las actuaciones y las personas, no es posible discernir.

SEGUNDO PASO

Manteniendo esa distinción entre mis pretensiones sobre la realidad y la realidad, y entre la realidad y el modo como la presenta el orden establecido, des-

pués de ver la situación en su realidad, hay que tratar de alcanzar la perspectiva de Dios para ver cómo valora Dios esta realidad, cómo la juzga, sin confundirla con la propia manera de verla y situarnos ante ella.

También en este segundo paso es imprescindible una objetivación para asumir la perspectiva de Dios, del Dios de Jesús, y verla desde el horizonte que instaura Jesús, y para sentir la situación con su Espíritu, ya que se trata de hacer un discernimiento espiritual de la situación.

Este punto es más delicado que el anterior, porque no se trata de aplicar una norma general sino de ver en concreto cuáles son los ejes estructuradores de la situación y el juicio de Dios sobre ellos. Cuáles son las coordenadas más relevantes desde la perspectiva del Dios de Jesús y cómo afectan a la vida en su calidad de humana, con la consistencia que da la libertad liberada, y en su calidad de filial y fraterna¹⁰.

Es crucial hacerse cargo de la correspondencia entre cómo las valora Dios y cómo afectan a la vida en su calidad de humana. Esta correspondencia se da porque Dios crea la vida y en concreto la de cada ser humano con su relación constante de amor. Por eso lo que quiere es que haya vida, que todos tengan vida y que esa vida sea realmente humana, lo que incluye que sea ejercicio de amor y fruto de amor.

Ahora bien, también hay que insistir en que, si somos cristianos, no podemos confundir calidad humana con cualidades humanas. No hay relación entre ambas dimensiones: el ser humano con más cualidades puede ser el más inhumano. Sin embargo, la relación sí se da al contrario: un ser humano que aspire a ser humano

Para el objetivo del discernimiento, que es situarse en la situación como Dios quiere y actuar en ella con su Espíritu en seguimiento de Jesús de Nazaret, este tercer paso es decisivo, no solo porque nos da esperanza, ya que nos hace ver que el pecado, incluso el pecado estructural, no es omnipotente y que los seres humanos somos libres respecto de él, aunque la libertad tenga que pagar un alto precio...

tratará de cualificarse al máximo porque, si ser humano incluye amar sin exclusiones y desde el privilegio de los pobres, y el amor se expresa en el servicio eficaz, tendrá que cultivar al máximo sus cualidades, porque no es verdad que quiere servir el que no sirve para nada y no se capacita para servir eficazmente.

Así pues, cuando nos referimos a cómo valora Dios la situación que la fenomenología ha puesto delante de nosotros y en la que participamos, nos estamos refiriendo a cómo la valora el Dios que, en Jesús ha echado la suerte con la humanidad y por eso quiere absolutamente la humanización de la humanidad. La apelación al juicio de Dios nos sirve, pues, para no confundir nuestro paradigma de humanidad, que puede ser muy recortado, con el de Dios, que tiene su cifra en Jesús de Nazaret: esa es para nosotros la humanidad cabal.

Es decisivo anotar que hay que ver no solo cada coordenada en sí y cómo se afectan unas a otras y qué figura componen sino también cómo las afecta la institucionalización vigente y su dinámica, ya que ella puede ayudar a que se fomente lo bueno y no se consolide lo malo o a que lo bueno no tenga asidero estable y no se pueda poner remedio estable a lo malo.

Este segundo paso no es completamente heterogéneo del anterior porque para nosotros los cristianos, la realidad, en la que nos incluimos cada uno de nosotros, es creada por Dios en una relación constante de amor, luego la visión genuina de la realidad es la que tiene Dios. Nosotros tenemos que aspirar a verla con sus mismos ojos. Lo haremos, si vivimos genuinamente nuestra condición de creaturas; más aún, si miramos con el Espíritu de Jesús de Nazaret, que es no solo el ser humano en el que reluce de manera definitiva lo que es ser un ser humano, sino el prototipo de humanidad, el molde en el que los seres humanos somos creados, la Imagen perfecta de Dios de la que nosotros somos imágenes imperfectas. Es decir, que no vemos la realidad de modo, digamos, imparcial, objetivo, y luego la juzgamos desde el Espíritu del Dios de Jesús sino que, tanto el ver como el juzgar se llevan a cabo desde la misma perspectiva. Porque el mismo amor que da ojos para ver la realidad es el que la juzga para salvarla.

Ahora bien, como mediación de esta perspectiva tiene pleno sentido recurrir

a las ciencias sociales y humanas. Pero en el entendido de que son mediaciones y por eso somos nosotros, desde nuestra perspectiva cristiana, no desde la perspectiva de nuestro mundo de vida, los que las practicamos y los que usamos sus conclusiones. Esto es así porque, igual que dijimos de nosotros, también tenemos que reconocer que los científicos sociales están dentro de lo que investigan y no investigan sin presupuestos. Es decir, que nosotros no elegimos de lo que presentan las ciencias lo que está de acuerdo con nuestra postura previa (ya hemos recordado que eso es el “segundo binario”, que tenemos que rechazar, si realmente queremos obedecer a la voluntad de Dios) sino con los criterios de valoración que nos da la antropología cristiana, en el sentido preciso de la que dimana de Jesús de Nazaret.

Esto es particularmente delicado para un científico social y en general para un intelectual, que tiende a valorar sus conocimientos, pero que no puede sacralizar sus conocimientos y menos aún justificar sus prejuicios o sus opciones vitales, sino que tiene que medirlos por ese criterio último de la humanidad de Jesús.

PASO TERCERO

El paso tercero es decisivo. El peligro que tiene una situación de pecado para el que no consiente en ella es vivir maldiciéndola, con lo que la sacraliza, sacralidad negativa, y así impide percibirla en la fluidez de lo histórico y procesarla superadoramente. Por eso es crucial preguntarse por dónde pasa Dios en Venezuela hoy. Porque también hoy pasa Dios salvando. Porque donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia (Rm 5,20).

Esta afirmación de fe se convierte para nosotros en un principio para bucear en nuestra situación con la esperanza de percibir en concreto por quiénes pasa Dios y cómo se percibe que pasa victoriosamente por ellos.

Para el objetivo del discernimiento, que es situarse en la situación como Dios quiere y actuar en ella con su Espíritu en seguimiento de Jesús de Nazaret, este tercer paso es decisivo, no solo porque nos da esperanza, ya que nos hace ver que el pecado, incluso el pecado estructural, no es omnipotente y que los seres humanos somos libres respecto de él, aunque la libertad tenga que pagar un alto precio, pero que es un precio que conduce a la vida y es

En esta situación tan agobiante, parece una exquisitez, que puede resultar distractiva y desgastante, ponerme a mirarme a mí como sujeto. Si me están agrediendo, lo que toca es defenderme como pueda. No es el momento oportuno de verme a mí mismo como una variable más de la situación que también hay que examinar.

fecundo, sino también porque nos muestra a los compañeros de camino y nos indica por dónde va ese camino. No podemos superar lo malo, en nosotros, en nuestros grupos, comunidades e instituciones, en la situación nacional e internacional, si todo lo que existe a cada uno de esos niveles es malo. Porque solo apoyándonos en lo bueno podremos superar lo malo.

EMPEZAR POR LA PROPIA PERSONA Y LOS GRUPOS PRIMARIOS EN LOS QUE HAGO VIDA

Tenemos que insistir que metodológicamente viene antes la objetivación y el discernimiento personal y de los grupos en que estoy implicado que el de la situación. Si no se hace lealmente el primero, no se hará honradamente el segundo. Yo no soy una constante y la situación la variable; yo también soy esa variable a investigar. Cuando yo me aclare y asuma la dirección correcta, podré aclarar la situación y ayudar a encaminarla.

Para acometer este discernimiento de lo que se agita en mí tengo que hacer silencio de la realidad para mirarme a mí mismo. Tengo que mirarme sin “amor propio”: sin absolutizarme a mí mismo y justificarme. Tengo que mirarme con el mismo amor con que Dios me mira: un amor en la verdad que alcanza la libertad, que la libera, y que lleva a la vida, a la vida eterna, la de hijo y hermano.

Hay que decir que rehuimos hacer ese silencio: necesitamos estar conectados, con el celular a punto, en las redes o, si no, con los auriculares puestos oyendo música o viendo la televisión o medio viéndola a la vez que leo mensajes. No podemos vivir sin ruidos. Si no son esos, son los de la imaginación que nos impele a realizar en sueños nuestras fantasías.

Y para discernir o simplemente para escuchar al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, necesitamos hacer silencio. Colocarnos en una actitud perceptiva respecto de nosotros mismos, para que aparezcamos ante nosotros como realmente somos y no con las imágenes que nos hacemos de nosotros mismos para tratar de estar en paz con nosotros sin sentir la conciencia que nos alerta o nos acusa. La imagen de nosotros que cultivamos y tratamos de proyectar es el equivalente privado de la opinión pública. Tenemos que pasar de la opinión que nos imponemos y tratamos de imponer a los demás respecto de nosotros, a lo que realmente somos.

Y como en el caso anterior, lo que realmente somos equivale a lo que somos a los ojos de Dios. Que no es el ojo inquisidor, al que no se le escapa nada, y del queremos ocultarnos para no ser descalificados. El ojo de Dios es el del amor, que nos ve como somos para ayudarnos a ser. Tenemos que desear desnudarnos ante él. Tenemos que fomentar hambre de andar en la verdad. Tenemos que decirnos con toda determinación que ya no queremos escondernos, ni de Dios ni de nosotros mismos; que no queremos seguir engañándonos, que queremos ser honrados con nosotros mismos.

La primera dificultad, que nace de la situación tan tensa en la que nos encontramos, consiste en la tendencia a considerarme como víctima de la situación. Puedo razonar de la siguiente manera: la situación me dificulta enormemente adquirir los elementos mínimos para vivir; además me siento constantemente agredido por la palabra de los gobernantes; por si fuera poco, la inseguridad es tal que siento que mi vida pende de un hilo que se puede romper en cualquier momento; y lo más grave es que no tengo a nadie, a ninguna institución pública, a quien acudir: las instituciones del Estado no están a mi servicio y la impunidad es casi absoluta.

En esta situación tan agobiante, parece una exquisitez, que puede resultar distractiva y desgastante, ponerme a mirarme a mí como sujeto. Si me están agrediendo, lo que toca es defenderme como pueda. No es el momento oportuno de verme a mí mismo como una variable más de la situación que también hay que examinar. Tengo que centrarme en lo que estimo que es decisivo. No tengo atención ni energías para otra cosa.

Lo mismo pasa a un partidario del gobierno: tiene que emplear todas sus energías en defender un proyecto que cree de salvación popular y que está asediado por enemigos poderosísimos, tanto nacionales como extranjeros. Es momento de defender los logros del Comandante, no de ver si yo soy suficientemente humano. Eso queda para tiempos de normalidad.

El problema es que, si cedo a esta propensión ambiental, ya no obro como un ser humano sino como mero miembro de conjuntos, sometido a la lógica corporativa. Confundo mi toma de postura con la realidad y la sacralizo, y yo me veo únicamente en función de ella.

Así pues, en un cuerpo social yo no tengo que defender algo como postura mía, pero sí tengo que defender mis razones como razones objetivadas. Y tengo que abrirme igualmente a las razones de otros.

Es imprescindible que me vea a mí mismo con un actor responsable: ante Dios, ante todos mis hermanos, que son todas y todos, no solo los míos, y ante mí mismo como hijo de Dios y como seguidor de Jesús. No puedo eludir mi propia responsabilidad. Mi responsabilidad con la situación no se realiza entregándome a ella como mero miembro de conjuntos. Ese es un modo de eludir mi responsabilidad, la contracara de refugiarme en mi burbuja para que la realidad no me lastime.

Si no acepto objetivarme y juzgarme ante Dios y desde su perspectiva, todo lo demás será despersonalizado. Será un juicio ideológico. Tengo que empezar por mí. Solo si logro colocarme a mí mismo lealmente ante Dios y discernir mi actitud vital, mis posicionamientos y mi actuación, podré hacer lo mismo respecto de los grupos en los que estoy implicado y de la situación. Por eso lo primero es preguntarme si esta es mi postura vital y, si quiero dirigirme a ella con todo mi ser.

Hay por eso que insistir en que, en cualquier situación, empezar por uno mismo no es ningún yoísmo ni implica magnificarme como ser individual. Ni tampoco es un modo de evadir el compromiso social. Es asumir mi responsabilidad como ese ser insustituible que soy, que no puede esconderse en la participación en ningún colectivo. Por el contrario, la participación en los colectivos tiene que darse desde mi yo insobornable.

Eso no implica que ponga siempre el yo por delante, que lo saque a relucir a cada rato. Significa que entre lo que tengo que poner en común son mis razones para estar implicado en ellos y el sentido y la dirección de la implicación. En los colectivos lo personal es la impersonalización personalizadora, que se da cuando inhibo mi yo y pongo en común mis haberes para que se forme el cuerpo social¹¹. Entre mis haberes está mi posición vital responsable, no como mía, pero sí su contenido concreto, ofrecido al grupo. Así pues, los haberes que pongo en común no pueden ser solo cualidades; tienen que ser también modos de hacer las cosas y dirección vital, en el entendido de que el modo de producción determina el producto. Así pues, en un cuerpo social yo no tengo que defender algo como postura mía, pero sí tengo que defender mis razones como razones objetivadas. Y tengo que abrirme igualmente a las razones de otros. Además, el límite de este modo de participación es la objeción de conciencia. Es un caso límite, pero el cuerpo social debe aceptarlo.

Este ejercicio de discernimiento personal lo tengo que practicar concienzudamente. Pero no basta con hacerlo una vez. Tengo que volver a hacerlo periódicamente hasta que llegue a ser una actitud vital.

Ahora bien, complementariamente hay que decir que, si soy capaz de ver por dónde pasa Dios en esta situación



Mi responsabilidad con la situación no se realiza entregándome a ella como mero miembro de conjuntos. Ese es un modo de eludir mi responsabilidad, la contracara de refugiarme en mi burbuja para que la realidad no me lastime.

y de alegrarme sinceramente de ello, eso será un estímulo para discernir mi postura personal, con el deseo de que también pase por mí y con el dolor de aquellos aspectos de mi vida y mi actitud que no vehiculan su paso. Teniendo en cuenta que es más fácil aplaudir a quienes hacen lo que Dios quiere, que hacerlo uno también, porque hacerlo tiene un costo que puede ser muy elevado, mientras que aplaudirlo no encierra mucho riesgo y en ciertos ambientes puede estar bien visto.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 Fukuyama: *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta, México 1992.
- 2 Para el discernimiento del discernimiento ignaciano ver, Trigo, Preludio ignaciano. En *Discernimiento de la acción del Espíritu en la historia*. ITER 33 (2004) 33-.
- 3 Trigo, *Los discernimientos de Jesús, matriz de todo discernimiento cristiano*. ITER 63 (2014)45-127.
- 4 Trigo, "Lectura orante comunitaria de la Palabra de Dios: un método". En: *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*. Convivium Press. Miami, 2008,222-229.
- 5 En una ecuación de cuatro miembros solo puede haber una incógnita: para saber lo que tenemos que hacer en nuestra situación tenemos que conocer, tanto el modo de habérselas Jesús en la suya como nuestra situación.
- 6 Para san Ignacio eso sería lo característico del "segundo binario" (EE n°154).
- 7 Ver, por ejemplo, *Jesucristo Liberador*. Trotta, Madrid 1991, 46-48,51-56 y *Fuera de los pobres no hay salvación*. Trotta, Madrid 2007, 17-38. Vamos a poner un solo ejemplo: "la fe cristiana comienza con la honradez con lo real, desenmascarando el *mysterium iniquitatis*"; "Jesús está en la línea del Dios de la verdad. Jesús fue honrado con la realidad y desenmascarador de la mentira que la oprime, de modo que esto pudiera ser incluso su rasgo histórico mejor asegurado" (*El cristianismo y la reconciliación/Camino a una utopía*. Concilium 303 (nov 2003).
- 8 Nosotros hablamos de una suspensión meramente metodológica, para que se manifieste la realidad desde ella misma. Para los escépticos, en cambio, esa la actitud definitiva porque no era posible acceder a la realidad.
- 9 De ahí el perspectivismo, característico de la filosofía de Ortega y Gasset.
- 10 "Pesa sobre la Iglesia, ya desde siempre, el deber de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio; solo así podrá responder, en la forma que cuadre a cada generación, a los perennes interrogantes humanos sobre el sentido de la vida presente y futura, y sobre la mutua relación entre una y otra. Es, por consiguiente, oportuno que se conozcan y entiendan el mundo en que vivimos y sus esperanzas, sus aspiraciones, su modo de ser, frecuentemente dramático". "El pueblo de Dios movido por su fe de que el Espíritu del Señor, que llena el Universo, lo guía en los acontecimientos, en las exigencias y en los deseos que le son comunes con los demás hombres de nuestro tiempo, se esfuerza por ver con claridad cuáles son en todo eso las señales de la presencia o de los designios de Dios. La fe se lo ilumina todo con una nueva luz y le manifiesta el divino propósito sobre la vocación integral del hombre: por eso dirige su inteligencia hacia soluciones plenamente humanas" (GS n°4 y 11).
- 11 Para el basamento filosófico de esta distinción entre la realización personal en las comunidades y en las sociedades, ver Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*. UCA, San Salvador 1999, 238-261,380-394.